

AMAZONAS

JAVIER PELLICER

AMAZONAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: junio de 2026

© Javier Pellicer, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6542-9

Impreso por Gómez Aparicio S.L

Depósito legal: B 10279-2026

Impreso en España

*A mi familia,
corazón y tema principal de esta obra*

PRÓLOGO REENCUENTRO

Isla de Esciros. Unos años antes de la guerra de Troya

No había ido a Esciros para admirar su belleza. La isla era una más entre las hermanas que formaban aquel archipiélago de islotes esparcidos —«Dispersas», las habían apodado—, y como única particularidad tenía una estrecha franja de tierra que la dividía en dos. La zona septentrional era verde y abundante en bosques y fauna, pero conforme se extendía hacia el sur se tornaba más agreste; incluso montañosa.

Sólo tenía una ciudad, llamada como la isla, gobernada por uno de los muchos reyezuelos que proliferaban en el mundo conocido. Uno más; como yo lo fui en su día. Su nombre era Licomedes, y al igual que tantos otros había tratado de engrandecer su linaje mediante absurdas triquiñuelas. Licomedes aseguraba ser hijo del mismísimo Apolo, pero no me quedarían piernas si a lo largo de mi vida hubiese tenido que arrodillarme ante todos los que afirmaban portar sangre divina. Algunos iluminados se atrevieron a decir que yo mismo descendía de Zeus.

Cuántas sandeces se pueden encontrar por el mundo, y cuántos estúpidos.

En realidad, nada existía en Esciros que debiera atraer a los poderosos. O tal vez sí. Quizá moraba allí alguien con la grandeza de un auténtico rey. Y no me refiero, desde luego, a Licomedes.

Tras dejar la pentecontera que me había traído a la isla, me encaminé precisamente hacia el norte a lomos de un asno arrendado por un par de monedas. No parecía la montura más digna, pero tampoco quedaba mucho de mí que pudiera apelar al honor y resultaba práctica para recorrer el sendero que, entre cañadas, serpenteaba hasta lo alto de una colina. Un lugar bastante alejado de la ciudad, lo cual tenía sentido considerando a qué individuo andaba buscando.

Casi me tropecé con unas vallas blancas que marcaban el inicio de una finca menuda. Dentro se extendía un huerto más grande que la casona del señor del lugar. En mitad del campo, un hombre araba la tierra azada en mano, sin ayuda de bestias. No llevaba túnica, apenas un taparrabos, y pude apreciar con cierta envidia el sudor que perlaba su aún fornida constitución. Resultaba difícil admitir que tuviera la misma edad que yo, que apenas podía dar dos pasos sin bastón. ¿Cómo no creer que por las venas de aquel hombre corría la sangre de los dioses?

Estuve largo rato observándolo desde la distancia antes de decidirme a cruzar la valla. Cuando los cascos de la mula revelaron mi presencia, el individuo alzó el rostro y posó aquellos intensos ojos azules en los míos, directamente, sin entretenerse en ningún otro aspecto de mi persona.

Tras el primer escrutinio vino una sonrisa, tan franca y amigable como recordaba. El hombre dejó caer la azada y vino a mi encuentro sacudiéndose el polvo de las manos. Caminaba tan erguido como un jovenzuelo, pero su cabello estaba completamente teñido de blanco.

—¡Mi querido Pirítoo! ¡Dichoso se ha vuelto el día!

Me abrazó antes de que pudiera responderle. La fuerza de sus músculos tampoco había menguado, ni el cariño de su gesto. Conmigo siempre se había mostrado tan sincero en sus efusiones como en las reflexiones en que se sumía, o

eso quiero creer, pues aquél era el mejor amigo que jamás había tenido.

Se llamaba Teseo. Tomamos vino y fruta en el patio trasero de la finca, acomodados en sendos divanes; y él mismo sirvió las viandas, pues no tenía criado alguno a su cargo para tales menesteres. Era aquello algo digno de ver: el mismísimo Teseo, uno de los campeones más grandes que había dado el mundo, rey de Atenas por derecho y aclamación, cortando en pedazos un par de peras, unas manzanas y varios higos, o escanciando el rojo caldo en la copa de su invitado. Debió de adivinar mis pensamientos, algo nada sorprendente en él.

—Aquí me he reencontrado conmigo mismo, querido amigo. No habría podido hacerlo con una hueste de criados rondando a mi alrededor.

—Nunca necesitaste a nadie que hiciera las cosas por ti, en realidad. Te bastaste solo en todas las aventuras que vivimos...

—Eso no es cierto, bien lo sabes. Sin tu fidelidad y la de Alcides jamás habría salido indemne de tantas andanzas.

—Dudo que «fidelidad» sea un término apropiado para adjudicar a nuestro común compañero —dije con una sonrisa de desagrado.

—¡Ah, veo que sigues sin soportarlo! Incluso después de tanto tiempo... Incluso después de su marcha.

Era cierto. Habían pasado largos años, e innumerables cosas eran distintas. El arrogante Alcides ya no estaba. Había muerto de la manera más ignominiosa para alguien como él: a manos de una mujer despechada. Nada era igual; ni el propio mundo ni quienes habíamos sido jóvenes entonces.

—Los rumores dicen que ascendió junto a los dioses —me reí.

—Sí, y que tú te quedaste atrapado en el inframundo.

Nos miramos un momento antes de estallar en una sonora carcajada.

–Otras habladurías, en cambio, no parecen ser cosa de broma –dije cuando las risas pasaron–. Por lo que he oído, no caes muy bien a cierto rey de Esciros.

–Licomedes... Parece que no le gustó mucho que me aclamaran cuando llegué. Como puedes imaginar, jamás busqué tales alabanzas. Este lugar debía ser mi retiro. Ni siquiera anuncié mi llegada, pues deseaba pasar inadvertido.

–Imposible tratándose del gran Teseo, uno de los mayores héroes conocidos, y rey de Atenas por si no fuera suficiente...

–Rey exiliado, no olvides ese pequeño detalle –apuntó, levantando su copa con una expresión de sorna.

¿Cómo hacerlo? Seguía pareciéndome de una injusticia intolerable que el mejor de los gobernantes de la insigne Atenas hubiera sido depuesto por alguien de la calaña de Menesteo. ¡El que fuera capitán de la guardia real! Me resultaba inconcebible una afrenta semejante y me había apresurado a ofrecer ayuda a mi antiguo amigo. Incluso en los días de nuestra vejez, cuando nuestros brazos ya no tenían la fuerza de antaño –al menos los míos–, manteníamos suficiente carisma para alzar un ejército y recuperar Atenas. Por eso había acudido a Esciros. O eso creía.

–Deberías tener cuidado con Licomedes –le dije, como si él necesitara escuchar lo evidente–. Es una serpiente igual de traicionera que Menesteo; de las que atacan por la espalda, con sigilo. Mejor sería que nos fuéramos de este estéril pedazo de tierra, tú y yo; y que hiciésemos planes para recuperar lo que es tuyo.

Teseo se recostó en el diván. Sonreía. No había dejado de hacerlo en toda la tarde. Seguía teniendo aquella chispa vivaz en sus ojos, aquella sagacidad que era, en verdad, un

arma más poderosa que cualquier espada bendecida por los dioses. Yo lo sabía mejor que nadie. Lo había visto derrotar a campeones mucho más fuertes que él usando sólo el ingenio.

Sin embargo, me percaté de que otras emociones le preñaban la mirada.

–Contigo puedo ser sincero, amigo mío. En realidad, Menesteo me hizo un favor. Estaba harto de tener sobre los hombros semejante responsabilidad. Toda esa pomposidad, la vanidad de tantos nobles con los que tratar, la falta de libertad... ¿Acaso no fue lo que hiciste tú? ¿Abandonar la regencia para vivir en paz con tu amada Hipodamía?

–Pero yo tomé la decisión por mí mismo. A ti te echaron a patadas de una ciudad que se habría convertido en un estercolero de no ser por tu sabio gobierno.

–¿De verdad crees que no habría podido mantenerme como rey de haberlo deseado? –rio sin mostrar engreimiento.

Tenía razón. Teseo se había enfrentado a desafíos mucho más difíciles.

–Aproveché la ocasión para marcharme –continuó–. Quería tiempo para atender algunos asuntos pendientes.

–¿Como cuáles? Te perdí el rastro durante años, y eso que envié a muchos a buscarte.

–Hay cosas que todavía deben permanecer ocultas. Pero te prometo que ese enigma lo resolverás a no mucho tardar... La cuestión es que emprendí un negocio que me exigía aparentar una vejez calmada, a la que me he acostumbrado más de lo que imaginé. Aprecio eso de alejarme de tantos enemigos, de la tormenta que parece cernirse sobre nuestras cabezas... El mundo está a punto de cambiar para siempre, viejo amigo, casi puedo olerlo al aspirar la brisa marina. Nos encaminamos al fin de una era.

Se refería, por supuesto, a las previsiones de guerra que llegaban desde el este. Los reyes de todos los pueblos del

Egeo deseaban el control de las rutas comerciales, y pocos pasos eran tan apetecibles como el mar de Helle, el estrecho que abría la puerta a la Propóntide, pues éste, además de rebosar de peces, permitía a su vez el acceso al Euxino, el mar Inhóspito.

Sin embargo, aquella región llamada Tróade estaba controlada por la fastuosa Ilión, ciudad a la que Micenas miraba cada día con mayor ansia. Y también la Atenas de Menesteo. No era ningún secreto que la rivalidad entre aquellas potencias, las más grandes de entonces, superaba la mera competencia por ostentar las murallas más soberbias y los templos más lustrosos: también querían los ejércitos más imponentes.

–Temiste que te involucraran en lo que vaya a pasar si continuabas como rey –asentí–. Sí..., sin duda habrías sido de los primeros convocados.

–Ya he vivido suficientes guerras. Sabes mejor que nadie de qué hablo. Y a los reyes sólo se los quiere para dos cosas: comandar tropas y arrebatarse tronos.

–Les quitaste el gusto de ambas... –brindé entre risas.

–Una de las mejores decisiones de mi vida. Nunca fui tan feliz gobernando como durante nuestras aventuras. Eso es lo que recuerdo con fuerza, lo que añoro: la libertad. Y por ello te pedí que vinieras; porque hay una última misión que deseo que emprendas en mi nombre.

–Bien sabes que, si es lo que deseas, lo haré. ¿Pero por qué no te incluyes en la tarea?

Teseo negó con la cabeza. Luego alzó el brazo y señaló su huerto.

–Ya no sería conveniente. Hubo un tiempo en el que mi cara podía pasar desapercibida, pero eso quedó atrás. Ahora me reconocerían en cualquier sitio. En todo lugar de esta tierra y estos mares sería visto como un héroe al que alabar o una amenaza de la que deshacerse. Me seguirían, bien para

que los liderase o para matarme. Y eso pondría en peligro lo que debo concluir.

»Por eso, mi buen Pirítoo, me temo que se acabó para mí viajar por los caminos. Ahora soy un simple labrador que ha aprendido a recoger lo sembrado. Y no hablo sólo de lo que brota de la tierra.

Fruncí el ceño y sopesé la posibilidad de insistir. Pero comprendí que nunca lograría convencerlo. Teseo era inteligente, arrojado, fuerte y muchas otras cosas; entre ellas, cabezota. Y se lo podía permitir, ya que rara vez andaba errado. De hecho, estaba en lo cierto en aquel asunto. Aunque yo también había tenido una corona sobre la cabeza, mi trono había sido pequeño comparado con el suyo. Mi nombre apenas había sido alabado, y a esas alturas ya sólo era un anciano peregrino en el que nadie reparaba.

Él, en cambio, era Teseo. El gran Teseo. Su aspecto apenas había cambiado. Que hubiese decidido instalarse en aquel rincón del mundo y aun así lo reconocieran resultaba revelador.

–Dime entonces qué debo hacer.

Me sonrió, se levantó del diván y fue al interior de la casa. Volvió con algo: un pequeño cofre de madera, envejecido y poco lustroso. Cuando levantó la tapa, logró lo que, imaginando, pretendía: arrancarme un gemido de asombro.

–Ahora lo entiendo todo –dije en cuanto recuperé el habla–. Por los dioses... No será una empresa fácil.

–Tienes recursos para llevarla a cabo. Pero no te he citado sólo para aprovecharme de ti –comentó. Cerró la caja y me dirigió una mirada cariñosa–. Deseaba de verdad reencontrarme con el mejor amigo que jamás he tenido, a quien considero mi hermano. Y sería agradable hacer memoria aprovechando tu compañía. No he dejado de recordar el pasado, pero esta vez quiero hacerlo de viva voz, mientras conversamos. Volver a nuestros días gloriosos entre copa y copa de

vino. A las chanzas, a los momentos de apuro...; incluso a las lágrimas. Cualquier instante se puede revivir mejor cuando los recuerdos son compartidos.

–Suena bien. A los viejos nos gusta rememorar cuando éramos jóvenes e intrépidos. ¿Por dónde empezamos, pues? –acepté–. ¿Tus orígenes? ¿La llegada a Atenas para reclamar tu herencia? ¿Las andanzas en Cnosos?

–Cualquiera de éstas sería una buena historia. Pero la memoria no ha dejado de susurrarme un relato. Uno del que ni siquiera soy protagonista principal la mayor parte del tiempo. Seguro que intuyes a cuál me refiero. O, mejor dicho, a quién.

Lo sabía, por supuesto. A una mujer, pues las mejores historias siempre revolotean en torno al amor, y Teseo había vivido ese sentimiento con una intensidad fuera de lo común. Sin embargo, la criatura que le había robado el corazón no era aquélla de la que todos hablaban. Tal honor nunca había correspondido a Ariadna de Cnosos, por muchos cuentos que así lo aseguren.

No. Teseo sólo se había rendido una vez a lo largo de su vida. Y lo había hecho ante una muchacha tan especial como el pueblo al que pertenecía.

El mundo las llamaba amazonas.

CAPÍTULO 1

Norte de Anatolia, costa sur del mar Negro. Años antes

Destino. Pocas palabras existen con un sabor tan dulce y a la vez tan amargo, mi apreciado Pirítoo. Pocos enemigos tan ladinos. Toda mi vida he estado a la sombra de semejante bestia, me acechaba a mí o a otros. Y tanto ellos como yo fuimos engañados.

Pensar en esa palabra me devuelve al pasado. Recuerdo con poderosa claridad a aquella que fue una de sus víctimas; una muchacha de gran corazón a la que quise como jamás creí posible. El hado la puso en mi camino para bien y para mal, pues conseguir el mayor de los tesoros sólo es la antesala de su pérdida.

Esta primera historia que me dispongo a narrarte, viejo amigo, no es en realidad la mía. Es la suya y la de su pueblo. Alcides, tú y yo sólo fuimos personajes secundarios al lado de Melanipa, de Hipólita, de Oritía... De Antíope.

Antíope. Resuena tu nombre en lo más profundo de mi ser, más allá incluso de la memoria. Antíope. Exististe para mi gozo y para mi pena. Y volverás a existir por toda la eternidad a través de mis palabras.

Tan bella criatura no estuvo siempre en mi vida, porque en ese caso las cosas habrían sido de otro modo. Hubo un tiempo en el que ni conocía su presencia en el mundo. Debo

imaginar, pues, a través de lo que ella misma me narró, cómo fueron sus años de niñez. Los suyos y los de Oritía, a la que estaba tan unida como el cielo lo está al mar. Tan juntas y a la vez tan separadas. Tan iguales y tan distintas.

Debo imaginar aquel día en que empezó a comprender todo lo que la alejaba de su amada hermana.

Sí, casi puedo verlo...

* * *

Los portones de madera no estaban bloqueados, porque nadie se atrevería jamás a entrar en la sala sin consentimiento. Pero las leyes, escritas o no, están hechas para los hombres y las mujeres que las han aprendido, no para quienes todavía viven libres de cualquier atadura social. Así, las dos niñas abrieron con gran esfuerzo una de las hojas y consiguieron un resquicio suficiente para colar sus cuerpos menudos.

Tras cerrar de nuevo la puerta, se encararon con el escenario de su atrevida misión. Avanzaron poco a poco entre las sombras y las luces que el fuego de los pebeteros dibujaba a su alrededor. No había miedo alguno en ellas; sólo admiración. Como si estuvieran observando a una diosa.

Y así era en parte, pues en un pedestal de piedra, junto al trono que presidía la estancia, estaba un pedazo de aquella diosa. Con los ojos posados en la peana y tan abiertos como la luna llena, las dos niñas se acercaron con reverencia. Al llegar junto a la pequeña columna se arrodillaron y se quedaron mirando el objeto.

Era lo más hermoso que jamás habían visto: una lámina de oro, que cubría el cuerpo entero, con la parte interior forrada de lino. Se abrochaba por detrás mediante unos ganchos para ceñirse a la cintura de su portadora. La parte delantera estaba labrada con hermosos grabados que representaban

a varios jinetes encarados a la figura central: la Dama, la diosa Setenaya, cincelada con mano maestra por algún artesano ya olvidado.

–Es tan bello... –dijo la chiquilla del cabello más oscuro.

–¿De verdad crees que está bendecida por Setenaya? –preguntó la de melena dorada.

–¡Qué cosas dices! ¡Por supuesto que sí! ¿Es que dudas de nuestros ritos?

–No, claro que no...

La niña castaña frunció el ceño, poco convencida con lo que había dicho la otra; pero decidió no insistir.

–Algún día, una de nosotras lo llevará.

–Sí, una de las dos...

Entonces, la muchacha rubia levantó el bracito y dirigió la mano al cinto, con el dedo extendido, para tocarlo. Para tocar a la diosa.

De pronto, algo cayó sobre ellas. O más bien alguien. Una mujer, hermosa como ninguna, de rasgos casi idénticos a los de las dos niñas. Pero no era una amenaza: no quería devorarlas ni castigarlas por estar donde no debían, sino que las rodeó con brazos amorosos. Tanto fue así que, pasado el sobresalto, ambas pequeñas estallaron en las mismas risas que la acechadora.

–¡Esta vez os he pillado! Sabía que erais vosotras las que entraban por la noche. Melanipa creía que era algún perro o algún carnero el que abría la puerta.

–Lo sentimos, hermana –se disculpó la del cabello claro.

–Pues no lo sintáis. No hay nada malo en lo que hacéis.

–Señaló el cinturón de oro–. Tocadlo.

–Pero nadie puede hacerlo, salvo la reina –dijo la otra niña.

–¿Y quién es ésa? –La joven se señaló a sí misma–. Setenaya no es una diosa vengativa, bien lo sabéis. No fulmina a sus hijos como esos horribles dioses aqueos. El cinto de oro

es el símbolo de nuestro pueblo, y nuestro pueblo se rige por el amor a los suyos. El cinturón es nuestro corazón, igual que vosotras sois el mío.

Con el permiso de la mujer, las dos niñas acariciaron la superficie de oro. Sus pequeños dedos recorrieron las filigranas repujadas, cada una de las figuras allí representadas. Sin prisa, con la delicadeza que imponían sus sentimientos.

–Bien, pillastres, es suficiente por hoy –dijo la reina al fin. Tomó a ambas, las levantó y giró como una peonza, haciéndolas reír de nuevo–. Id a descansar. Mañana es un día importante para las dos.

Y se fueron. Pero una de ellas, la del pelo ocre, volvió la mirada una última vez hacia el cinturón de oro.

El cinturón de Hipólita.

* * *

Los ojos azules de Antíope revelaban que estaba a punto de estropearlo todo. Tenía la mirada puesta en las aguas, claras y plácidas, sobre las que se mecía la balsa en la que viajaban; una mirada rebotante de aquella curiosidad que en tantos líos la había metido. Así que, sin que nadie lo advirtiera, Oritía le dio un ligero puntapié y luego la fulminó con una expresión de «no hagas de las tuyas». Su hermana enarcó las cejas e hizo un mohín de disculpa. ¿Sería suficiente con un único reproche? Oritía no lo tenía muy claro.

Eran mellizas en carne y alma. En carne, porque apenas podrían haberse distinguido si Oritía no hubiese tenido el pelo castaño y Antíope la cabellera dorada de una corona. En alma, porque conocían sus sentimientos sin necesidad de mirarse siquiera. A veces, incluso, tenían las mismas palabras en los labios y ocurría que una de ellas empezaba una frase y la otra le daba final.

Pero en carácter... Ay, en carácter no había semejanza alguna. Aquel mismo momento era un buen ejemplo.

Navegaban sobre una balsa ceremonial. En realidad no era más que un puñado de troncos entrelazados con cuerda, pero había sido adornada con pieles de buey y cráneos equinos que ardían en postes y pebeteros, esparciendo el aroma a incienso. Sobre la superficie cubierta de cuero, una docena de niños habían sido distribuidos en formación; todos quietos como estatuas, con los brazos cruzados sobre el pecho y los puños cerrados. No podían pronunciar palabra ni moverse hasta que llegaran a su destino. Eran las leyes para aquella ceremonia.

Una prueba fácil de superar salvo para Antíope. En aquel mismo instante debía de estar pensando por qué las aguas le devolvían su reflejo, o algo parecido; y, lo que era peor, a un suspiro de romper la formación para examinar el líquido de cerca. Así era siempre: no paraba de hacerse preguntas acerca de un millón de cosas que para Oritía no tenían importancia alguna. ¿Qué más daba el motivo por el que cada nube tenía una forma distinta? ¿Y qué si una flecha llegaba más lejos que otra lanzada desde el mismo punto? Antíope se lo cuestionaba todo hasta el punto de comportarse de forma inadecuada y provocar situaciones incómodas.

Oritía, en cambio, aceptaba el mundo tal como era. El mar Oscuro, así lo habían llamado sus antepasados, tenía un temperamento demasiado plácido. Y ya estaba. No necesitaba saber más, pues la navegación no era un arte que motivara a los de su pueblo. Sólo lo que pudiera ser relevante, como que el dominio de aquellas aguas era ambicionado por las gentes de Micenas y Atenas. Los aqueos lo llamaban mar Inhóspito, pues por sus costas siempre habían rondado tribus que consideraban agresivas. Tribus como los amezán, a la que pertenecían Oritía y Antíope.

Los amezán... Eran tan distintos a otros pueblos que nunca habían sido comprendidos de verdad. Portaban la sangre de antiguos jinetes, nómadas de las estepas del norte y el este. Eran cazadores; saqueadores también, y guerreros fieros cuando correspondía. Pero por encima de todo eran pastores de caballos. A aquellas bestias las amaban tanto como a otros seres humanos, o quizá más. Les ofrecían el don de cabalgar rápido como el viento, carne con la que alimentarse y leche para saciar la sed, que los amezán fermentaban para preparar elixires así como otros hacían con el vino.

Sólo tocaban el agua para beber, pescar o bañarse, así que nunca habían tenido entre los suyos a grandes marineros, a diferencia de aquellos aqueos o argivos que no paraban de husmear en sus regiones. Ni falta que les hacía. La tierra les daba cuanto necesitaban. Próspera era su comunidad, y atrás habían quedado los días en que debían arrasar a otros para sobrevivir. A pesar de ello, el pueblo amezán era feroz y seguía practicando el arte de las armas, aunque no tuviera enemigos naturales.

Entre tantos guerreros había también espacio para una pequeña anomalía llamada Antíope. Lo que más sacaba de quicio a Oritía era que su hermana se desentendía de muchas de las costumbres amezán; sobre todo del arte de las armas. ¿Cómo era posible? Pertenecían a una larga estirpe de caudillos. Sus padres fueron grandes señores y su hermana mayor, Hipólita, era la primera entre las reinas amezán. Todos dignos, todos fuertes..., salvo Antíope.

Hacía tiempo que las mellizas habían empezado su adiestramiento, que en su pueblo recibían tanto varones como hembras casi desde el momento en que aprendían a caminar. Y no era que Antíope se mostrara torpe con el arco, el hacha o la lanza, más bien al contrario: tenía una destreza natural para ello, igual que Oritía, y su conexión con los caballos era tal

que destacaba como jinete por encima de cualquier niño o niña de su edad. Sin embargo, había mostrado varias veces ser reacia a quitar una vida cuando salían a cazar.

—¿Qué derecho tenemos a decidir quién vive o muere? —se quejó durante una de aquellas cacerías, tras dejar marchar a un joven antílope.

La propia Oritía le habría respondido, pero se adelantó su otra hermana mayor, Melanipa, cuyos cabellos parecían un rojizo atardecer.

—El mismo que cualquier bestia que desea sobrevivir, pues eso somos en el fondo: otra de las muchas criaturas que pueblan el mundo. ¿Acaso crees que un leopardo de las llanuras mostraría tal clemencia? No, se abalanzaría sobre su presa y daría buena cuenta de ella. Y nada malo hay en eso.

Pero los sermones no solían tener mucho efecto en Antíope. Siempre encontraba una manera de dar la vuelta a los argumentos de los demás.

—¿Y si el leopardo tuviera la capacidad de alimentarse de otro modo, de elegir un camino distinto? Nosotros podemos hacerlo. Criamos a las bestias para que nos den su leche y, cuando ya están mayores, su carne. Sabemos también cultivar el campo...

Melanipa lanzó una de sus risotadas de desprecio.

—¿Cultivar el campo? No somos aqueos remilgados, niña. Somos amezán, un pueblo de guerreros descendientes de la diosa Setenaya, de los nartas. Nuestro derecho, heredado de ellos, es tomar lo que necesitamos.

Apelar al orgullo de la tribu tampoco atemperaba las reflexiones de Antíope. Ni siquiera cuando lo intentaba Melanipa. La gran comandante de los amezán había asumido el entrenamiento de sus hermanas menores, pues una de las dos estaba destinada a ser la reina que sucediera a Hipólita.

Era evidente en cuál de ellas tenía mayores esperanzas.

La balsa, apenas conducida por los cuatro remeros ceremoniales, salvó la escasa distancia que separaba la costa de una pequeña isla como si de una pluma mecida por el agua se tratara. Para cuando la embarcación tocó el pedregoso embarcadero, las emociones de Oritía estaban cerca de desbordarse. Era la primera vez que asistía al más importante de los ritos de su pueblo.

Bajaron de los botes y emprendieron una solemne procesión. Los amezán eran alegres, ruidosos, inclinados a la carcajada y los aspavientos. Pero allí estaban, formando una silenciosa serpiente en fila de a dos. Delante, como correspondía, la reina y el rey, que los habían estado esperando en la playa. Hipólita, alta y resplandeciente, tenía expresión severa y vestía un hermoso abrigo de piel de jerboa bordado con hilos áureos. Llevaba sobre la cabeza un cálato de cuero adornado con bandas doradas y bronceínas, a modo de corona, que acentuaba la majestad de su porte natural. El pelo apenas se le veía, salvo unas pocas hebras claras que escapaban del tocado por detrás. Qué hermosa y qué fuerte aparecía a los ojos de su hermana: todo cuanto ésta deseaba ser.

Pero nada, nada en absoluto, destacaba tanto como el cinto de la señora de las praderas. El mismo que Oritía y su hermana habían contemplado furtivamente durante las noches anteriores. Aquella pieza sublime no era un encargo de Hipólita, aunque ella lo portara, sino un legado de la reina fundadora de Temiscira, Lisipe: su abuela. Cada señora amezán lo había llevado desde entonces como signo de la autoridad cedida.

La acompañaba el hermoso Targitao, su esposo; alto, firme y de poderosa estampa. No se esperaba menos del compañero de quien ostentaba el gobierno del pueblo amezán. Aunque a ojos de los foráneos pudiera parecer indigno que un hombre se viera sometido al mandato de las mujeres, entre los ji-

netes de las estepas no había honor más alto. Aceptaban su lugar como consejeros, y la voz de Targitao era tenida tan en cuenta como la de Hipólita.

Detrás de ambos marchaba la siempre incólume Melanipa con el afable Jenoleo. La hija mediana era la admiración de Oritía, más incluso que Hipólita, pues se trataba de la guerrera más poderosa entre los amezán. Diestra como nadie con la jabalina, podía acertar a una gacela mientras cabalgaba a galope tendido. Los asuntos de armas le pertenecían, y cuando de tales temas se hablaba sólo Hipólita mandaba más. Aunque la reina siempre confiaba en las decisiones de Melanipa, pues para ello había sido criada y elegida.

Las dos hermanas no eran las únicas niñas que participaban en el ritual. Los años anteriores habían sido generosos tanto en paz como en progenie, y junto a Oritía y Antíope iban otros jóvenes de su edad. Aun así, la sangre que corría por las venas de las mellizas hacía que toda la atención recayera sobre ellas.

Llegaron al templo, que llevaba el nombre de la diosa Setenaya: la Dama Bosque, señora de los amezán y figura mayor de sus creencias. Decían las leyendas que la diosa había sido altiva con los mortales en un tiempo; que se escondía de ellos, o los tenía por criaturas menores como otras bestias del mundo. Pero un día vio desde una fronda a un joven pastor. Quedó fascinada por el cariño que el hombre mostraba por su rebaño y lo llamó a su presencia. El pastor acudió sin demora, pues el hechizo de Setenaya era irresistible. Pero no fue necesario ningún poder divino para que ambos se enamorasen, ni para que él sembrase vida en el vientre de la Dama. Sosruko, el más grande de los héroes, que luchó por los hombres en muchas ocasiones, fue el fruto de aquella pasión.

El templo que los amezán habían erigido en su honor no era de piedra ni de maderos alzados. Habría sido indig-

no para una diosa que gustaba del cielo abierto, la luz del sol y la sombra de los árboles. Un poder de la naturaleza como Setenaya sólo podía ser reverenciado en su hogar: el mundo desnudo. En el centro de la isla, a poca distancia de unos escalones tallados en la roca, se levantaba una despejada plataforma natural.

Allí se detuvo la comitiva, frente a una gran peña negra y redonda. Delante de ella había un altar hecho de guijarros amontonados, a los pies del cual dejó cada devoto una pieza de cerámica en los agujeros excavados para tal fin.

Un grupo de sacerdotes, encabezado por una mujer de mediana edad, los estaba esperando. Vestían todos de manera similar, con una larga camisa ocre, un cinturón de borlas que apenas asomaba por debajo y una falda de lana carmesí que les cubría los pies. La sacerdotisa principal portaba otro gran tocado sobre la cabeza: una peluca negra peinada en torno a un fuste de tres palmos de altura. Diversos adornos de bronce en forma de pájaros y felinos sujetaban el conjunto.

La Hija de Setenaya, pues ése era el título que ostentaba, se llamaba Kadyñ. A diferencia de sus compañeros llevaba una camisola sin mangas, y quedaban a la vista los extraordinarios tatuajes que cubrían sus brazos. Oritía siempre se sintió fascinada por aquellas pinturas rituales que le iban desde los hombros hasta las muñecas. Le resultaba asombrosa la figura del venado con pico de buitre y cuernos de argalí situada en el hombro izquierdo de la mujer. ¿Qué significaba? Aquéllas eran algunas de las bestias sagradas de los amezán: ciervos, ovejas montesas y leopardos de las montañas. Y caballos, por supuesto.

Los tatuajes eran algo común entre ellos, mientras que en los pueblos del oeste sólo se marcaba el cuerpo de los esclavos. Para los amezán indicaban su categoría como individuos, en calidad y en cantidad. Empezaban a pintarse al en-

trar en la vida adulta, con un tinte fabricado con las cenizas de ciertas hierbas que quemaban. La aguja era manejada por las expertas manos de quienes se dedicaban a aquella tarea y los dibujos, una vez finalizados, se frotaban con una mezcla de hollín y grasa. Las hermanas aún no habían sido marcadas, pero pronto lo serían, a poco que hicieran méritos.

Sobre el altar había un espejo de bronce. El metal estaba tan pulido que reflejaba cualquier imagen con la misma nitidez con que lo haría un estanque de agua clara. El marco era de madera, tallado con figuras de ciervo y criaturas equinas.

Kadyn levantó sobre su cabeza un nudoso bastón de alerce.

—¡Hoy enfrentaréis el mañana por primera vez, hijas e hijos de Temiscira! ¡Mirad, mirad a través del ojo de Setenaya! ¡Contemplad vuestro propio reflejo antes de que cambie para siempre y aceptad lo que está por venir!

Los sirvientes de la sacerdotisa pasearon entre los muchachos con un cuenco del que dieron a beber a cada uno. Era *koumiss*, leche de yegua fermentada; una delicia capaz de animar las almas de los más apagados. Ninguno de los chicos lo había probado, pues se trataba de un brebaje de adultos. Y por eso se empleaba ahora.

Aunque resultaba amargo y desagradable, Oritía dio el largo sorbo que se esperaba de ella sin mueca alguna. Antíope también bebió, pero fue incapaz de contener la repugnancia inicial y poco le faltó para vomitarlo todo. Siempre le había costado disimular.

Antes incluso de que el último de los muchachos recibiera su parte, los efectos del *koumiss* empezaron a manifestarse. Oritía se miró las manos. Percibía algo extraño en los dedos, como un temblor leve que no tardó en convertirse en algo similar a una vibración. Pero no era ella quien se estre-

mecía. Era todo lo que la rodeaba. La misma naturaleza latía tratando de alcanzar los sentidos de la niña.

La sacerdotisa hizo un gesto a las hermanas para que se acercaran. Debían ser las primeras, pues corría por sus venas la sangre más ilustre. Avanzaron un paso; luego otro. Era como caminar en el agua, y podía sentir la resistencia del aire mientras se movían. Oritía miró de reojo a Antíope y vio que estaba tan desconcertada como ella.

—Mirad en el espejo, hijas de Otrera, hija de Lisipe, hija de Harmonía... Mirad y guardad la imagen que se os muestre, pues sobre ella tejeréis vuestro futuro.

Ambas se asomaron al mismo tiempo, tras subirse a un pedestal. Al principio, Oritía no vio nada salvo su propio rostro. De pronto, la superficie bronceína se agitó. Unas ondas doradas se propagaron desde el centro como si alguien hubiese arrojado una piedra al agua. La cara delgada de la chiquilla se desvaneció y fue sustituida por un escenario; un lugar... de fuego y sangre.

Una gran ciudad asediada por un ejército y defendida por otro. Los detalles no estaban claros, se difuminaban por mucho que tratase de fijar la mirada. Las banderolas, las armaduras, los escudos grabados..., incluso un par de engendros imposibles de describir. No lograba identificar ni el aspecto de los muros. Sólo veía cadáveres esparcidos. Y, en mitad de aquel tapiz horrendo, dos figuras enfrentadas.

Dos hermanas.

Un grito la sacó del hechizo y rompió la imagen, que se disipó de inmediato. Le pareció perturbador cuanto había visto, pero pudo soportarlo con entereza. Antíope, sin embargo, lloraba a su lado. Quiso consolarla: siempre le nacía aquel impulso cuando la veía sufrir. Pero Kadyr las apremió a dejar su lugar al siguiente muchacho, no sin lanzar una mirada de desaprobación a la niña.

Volvieron junto a su familia y nadie mostró reproche a Antíope por lo impropio de su reacción. Sólo Melanipa pareció contrariada, aunque nadie podía saber lo que pasaba por su mente: aquel gesto severo en los labios era más que habitual en ella.

—¿Te has enfadado conmigo? —preguntó Antíope a su hermana. Estaban sobre la cama que compartían.

—¿Por qué habría de estarlo?

Se arrepintió al instante de mentirle. Por distintas que fueran, ambas sabían lo que pensaba la otra sin necesidad de palabras, así que no tenía sentido tratar de esconder su malestar. Pero Oritía no quería iniciar una discusión. Ocurría demasiado desde hacía un tiempo. Conforme sus responsabilidades y ellas mismas crecían, aumentaba en Antíope aquel carácter voluble que la exasperaba.

—Ya lo sabes. Lo veo en tu cara. —Antíope bajó la cabeza, apenada—. Como lo vi en la de Melanipa.

Oritía la miró directamente a los ojos, sin evadirlos ya. Si en verdad quería sinceridad, se la daría.

—¿Por qué lloraste?

—Yo...

—Se supone que el rito sirve para que nos convirtamos en adultas. Fuertes y valientes, capaces en la paz y en la guerra.

—Fue... por lo que vi... —gimió Antíope.

—No me lo cuentes. La sacerdotisa dice que lo que se nos muestra en el espejo es algo que debemos guardar en nuestro interior para luego construir un futuro en torno a ello.

—Pero tú estabas allí. —Oritía no pudo evitar una expresión de asombro—. ¿Viste lo mismo? Eso sería muy extraño...

La muchacha del cabello oscuro frunció el ceño y bajó la cabeza.

—No sé lo que vi. Sólo que... estaba en una ciudad acosada por la guerra...

–Una batalla en la que nos enfrentábamos...

–Eso no significa nada. ¿Recuerdas lo que nos dijo nuestra hermana Hipólita? Que el rito jamás debe tomarse de forma literal, pues el *koumiss* enturbia la conciencia.

–¿Y si se trata de una visión del futuro? ¿Y si estamos destinadas a luchar entre nosotras?

Apenas lo dijo, Antíope se puso a gimotear con sus enormes ojos castaños al borde del llanto. Por una vez, también Oritía sintió ganas de llorar: era incapaz de soportar la idea de que algún día pudiera enfrentarse a su hermana. Pero se obligó a ser dura; a ser una roca inamovible como Melanipa, que podía plantar cara a cualquier situación.

–Eso no ocurrirá jamás –le dijo, tomándola del rostro y mirándola–. Sea o no una predicción, ahora que la conocemos podremos prepararnos para combatirla. Nada nos separará, querida hermana. Nunca. –Oritía posó la mano en el pecho de Antíope–. Recuérdalo: somos un mismo corazón.

–Un mismo corazón –asintió la niña de mechones dorados.

Un corazón que, sin embargo, latía a distinto ritmo.